

cuando deja ya de figurar en la escena de la vida humana? ¿Su espíritu, esta porcion querida que el Altísimo animó con su soplo divino, y se complació sobre manera en criar á su imágen; su espíritu, repetimos, dormirá tambien en el polvo juntamente con los restos de su cuerpo? A esta pregunta responden la conciencia, la humanidad entera, la naturaleza misma, Dios en fin, que el hombre no muere todo, y que el alma, cuando ha dejado ya de animar el cuerpo humano, se lanza á otra region, á donde no puede extenderse el dominio del tiempo.

385. El alma es inmortal: verdad sublime, verdad fecunda que todo lo engrandece, todo lo explica, y que no podria por lo mismo desconocerse sin destruir á un solo impulso todas las verdades, todas las creencias, todas las instituciones. El temor y la esperanza, son dos eternas columnas en que descansan igualmente la política y la moral. Las bases de estas columnas están depositadas en una profundidad, donde no ha tocado ni podrá tocar nunca la mano del hombre. Destruid el dogma de la otra vida, y bien podéis profetizar la universal desolacion, el esterminio absoluto de los hombres y de los pueblos. Pero la misma importancia de este dogma, íntimamente ligado con los planes de la Providencia, nos inspira la mayor seguridad respecto de su conservacion, persuadiéndonos que no será nunca la presa de las pasiones, ni cederá jamás á los vanos prestigios de una elocuencia corruptora. ¿Dónde está la fuerza que baste á sufocar el agudo y penetrante grito del remordimiento, ó á detener los nobles impulsos de la esperanza? El poderoso, por mucho que le seduzcan los atractivos

de la grandeza, ó le desumbren los brillantes rayos del oro, no dejará nunca de temblar á vista de los tristes resultados de una prosperidad culpable; y el infeliz aguardará la tumba, para reclamar en otro mundo mas bello la digna recompensa de la virtud perseguida, y los ultrages hechos á la doliente humanidad.

386. Cuando se trata de la inmortalidad del alma, parece que deberiamos remitirnos á la conciencia individual, prescindiendo del empeño de una demostracion filosófica: sin embargo, diremos algo sobre este punto, por que siempre es mui grato repasar los títulos que tenemos á la inmortalidad. No manifestaremos aquí el sumo interes que tiene la sociedad en fortificar la creencia de este dogma: dejemos las razones de congruencia, para buscar únicamente las pruebas directas que ha deducido la filosofia de la naturaleza del hombre y del orden moral. El alma es indestructible por su naturaleza, y lo es igualmente por las miras que sobre ella tiene su criador: he aquí dos pruebas á que reducirémos esta seccion, por que ellas bastan por sí solas para derramar la luz de la evidencia sobre la verdad que al presente nos ocupa.

PARTE PRIMERA.

El alma es indestructible por su naturaleza.

387. La esencia espiritual de nuestra alma, sus potencias, sus inclinaciones, sus sentimientos mas constantes son sin duda alguna otros tantos argumentos evidentes de su inmortalidad. Cualquiera de ellos, considerado absoluta y separadamente, basta para es-

tablecerla y persuadirse de ella: ¿qué será cuando se trata de una reunion de pruebas mutuamente sostenidas y que se dirigen todas á convencernos de esta grande verdad?

CAPITULO PRIMERO.

Prueba que se funda en la espiritualidad.

388. Hemos demostrado en la seccion primera que el alma es espiritual, y esta es una verdad, cuya inmediata consecuencia es la inmortalidad. El cuerpo humano se destruye, porque estando compuesto de partes y siendo capaces estas de nuevas combinaciones, es muy fácil que separadas aquellas unas de otras, ó combinadas con alguna sustancia capaz de perturbar é impedir el uso de los órganos, ó las funciones animales, produzcan la destruccion del cuerpo y hagan cesar la vida. ¿Y podremos formar el mismo raciocinio respecto del alma? Esta es simple, es inextensa: como simple no tiene partes que se disuelvan; como inextensa es incapaz de combinarse con una sustancia extensa, y por tanto es incapaz de perecer por la separacion, ó agregacion de las partes: luego el alma es inmortal por su naturaleza.

CAPITULO SEGUNDO.

Pruebas tomadas de las potencias de nuestro espíritu.

389. Las potencias admirables de nuestro espíritu llevan impreso en sí mismas y en sus obras el sello glorioso de la inmortalidad. La noble facultad que tenemos de espiritualizarlo todo, digámoslo así, con-

servando fielmente en el alma el número, la variedad y las relaciones que alcanzamos de los objetos materiales que hai en el Universo, está en abierta contradiccion con la hipótesis grosera del aniquilamiento del alma. Por siglos es preciso contar la duracion de la materia: por espacio de casi seis mil años el sol y la luna prosiguen su curso constante, la naturaleza continúa subordinada á las mismas leyes, y un solo átomo de materia no ha perecido. ¿Y el sugeto en quien reside el pensamiento, este poder soberano que subyuga, por decirlo así, todo lo criado; que gobierna la materia; que todo lo somete al imperio de la razon humana, habia de perecer, y esto despues de algunos años? Suposicion absurda, que desmiente nuestra conciencia. Esta me dice que soi algo mas que la materia inerte, y que mi alma verá la destruccion universal, sin quedar sujeta al naufragio comun. (1)

390. La facultad que se nos ha concedido de extender nuestros conocimientos mas allá del Universo; la noble y vasta carrera abierta á la imaginacion, carrera sin límites, que ella prosigue al través de la inmensidad, del espacio y del tiempo, y á pesar de su imperfeccion; los descubrimientos admirables que debemos á la filosofía; las invenciones prodigiosas con que de tiempo en tiempo sorprende el arte al hombre y á la naturaleza; el sublime poder de elevarnos al conocimiento de Dios y á la contemplacion de su grandeza: he aquí las obras del pensamiento. Quitad

(1) *Mas superior al tiempo y á la muerte,
Mi alma, verá del mundo la ruina,
A la futura eternidad ligada.*—HEREDIA.